

OPINIONES
DE
JERÓNIMO COIGNARD

LOS MINISTROS DE ESTADO

Aquella tarde, el señor abate Jerónimo Coignar visitó, según su costumbre, al señor Blaizot, librero establecido en la calle de San Jacobo, en la *Imagen de Santa Catalina*. Divisando sobre los estantes las obras de Juan Racine, púsose á hojear distraídamente uno de los tomos.

—Este poeta— nos dijo—no dejaba de ser genial, y si hubiera tenido bastante arranque para escribir sus tragedias en versos latinos, sería digno de alabanza, sobre todo por lo que se refiere á su *Athalia*, en la cual dió pruebas de una profunda comprensión política. Corneille no es á su lado más que un huero declamador. Esa tragedia de la elevación al trono de Joás, descubre algunos de los resortes con los cuales el azar levanta y derriba los imperios. Y es preciso creer que el señor Racine poseía esa delicada sagacidad, á la cual debemos conceder más importancia que á todas las sublimidades de la poesía y de la elo-

cuencia, que sólo son, en realidad, artificios de retórica á propósito para divertir á los papanatas. Inclinar á un hombre hacia lo sublime es propio de un espíritu débil que se equivoca respecto á la verdadera naturaleza de la raza de Adán, la cual es, toda ella, miserable y digna de compasión. Me abstengo de decir que el hombre es un animal ridículo, atendiendo á que Jesucristo lo rescató con su preciosa sangre. La nobleza del hombre reside únicamente en ese misterio inconcebible, y los humanos, menores ó mayores, solamente son, por sí mismos, bestias feroces y repugnantes.

El señor Román entró en la librería cuando mi buen maestro pronunciaba estas últimas palabras.

—¡Hola, señor abate!—exclamó el recién llegado—. Olvidáis que esas bestias repugnantes y feroces están sometidas, por lo menos en Europa, á una policía admirable, y que algunos Estados, como el Reino de Francia ó la República de Holanda, están muy lejos de esa barbarie y de esa rudeza que tanto os ofenden.

Mi buen maestro colocó de nuevo en su sitio el tomo de Racine y respondió al señor Román con su acostumbrada galanura:

—Os concedo, caballero, que las acciones de los hombres de Estado ofrecen algún orden y alguna claridad en los escritos de los filósofos que de ellas tratan, y admiro en vuestra obra acerca de la Monarquía la continuidad y el encadenamiento de las ideas. Pero permitidme, señor, que sólo á vuestro ingenio atribuya los bellos razonamientos que ponéis en boca de los grandes políticos de los tiempos antiguos y de los presentes. No tenían el talento que les atribuí, y esos ilustres, que parecían guiar el mundo, fueron juguete de la Naturaleza y de la fortuna. No se remontaban sobre la imbecilidad humana, y sólo eran, en suma, resplandecientes miserables.

Mientras escuchaba con impaciencia este discurso, el señor Román había cogido un viejo atlas, y hojeándolo ruidosamente:

—¡Qué ceguera!—dijo—. ¡Desconocer la acción de los grandes ministros, de los grandes ciudadanos! ¿Hasta tal punto ignoráis la Historia, que no comprendéis cómo un César, un Richelieu ó un Cromwell amasan los pueblos como un alfarero amasa el barro? ¿No veis que un Estado marcha como un reloj en manos del relojero?

—No veo nada de eso—repuso mi buen

29497

maestro—, y en mis cincuenta años he observado que este país cambia muchas veces de gobierno, sin que haya cambiado la condición de las personas más que por un insensible progreso que en nada depende de las humanas voluntades. De donde deduzco que es casi indiferente ser gobernado de una manera ó de otra, y que los ministros sólo son importantes por su casaca y su su carroza.

—¿Habláis así—respondió el señor Román— cuando acaba de morir un ministro de Estado que tanto influyó en los negocios públicos, y que habiendo sufrido un prolongado alejamiento expira cuando recobraba el poder con todos los honores? Por los murmullos que siguen á su ataúd podéis juzgar de sus actos. Su influencia perdura después de su muerte.

—Caballero—respondió mi buen maestro—, ese ministro fué un hombre honrado, trabajador, estudioso, y puede decirse de él, como del señor Vauban, que tuvo excesiva delicadeza para ostentar modales afectados, no preocupándose nunca de agradar á nadie. Yo le ensalzaría principalmente por haberse realzado en el poder, al revés de otros muchos que se adocenán. Poseía un alma fuerte y un exaltado sentimiento de la

grandeza de su país. Es también digno de alabanza por haber soportado tranquilamente sobre sus recios hombros los odios de los vagabundos y de los aristócratas. Sus mismos enemigos le conceden una secreta estimación. Pero ¿qué ha hecho, señor, de considerable, y por qué lo imagináis como algo distinto de un juguete de los vientos que soplaban en torno suyo? Los jesuítas expulsados por él, han vuelto; la mezquina guerra de religión que encendió para divertir al pueblo, se ha extinguido, quedando sólo, al acabarse la fiesta, algo semejante al grosero almacén de unos ridículos fuegos artificiales. Tuvo, se lo concedo, el genio del entretenimiento, ó mejor dicho de las diversiones. Su partido, que sólo era el de la ocasión y del expedienteo, no había esperado á su muerte para cambiar de nombre y de jefe sin cambiar de doctrina. Su camarilla permaneció fiel á su maestro y á sí propia, conservándose obediente á las circunstancias. ¿Y es esa una obra cuya grandeza asombre?

—Efectivamente, es una obra admirable—respondió el señor Román—. Y aun cuando ese ministro no hiciera más que sustraer el arte del gobierno á las nubes de la metafísica para devolverlo á la realidad de las cosas, yo le col-

maría de elogios. Decís que su partido fué el de la ocasión y del expedienteo. Pero ¿cómo darse á conocer en los asuntos humanos sino aprovechando la ocasión favorable y recurriendo á los expedientes útiles? Esto es lo que él hizo, ó al menos lo que hubiera hecho si la movilidad pusilánime de sus amigos y la pérvida audacia de sus adversarios le hubieran dejado algún reposo. Pero se consumió en la estéril tarea de apaciguar á éstos y de fortalecer á aquéllos. El tiempo y los hombres, instrumentos necesarios, le faltaron para establecer su benéfico despotismo. Al menos concibió planes admirables para la política interior. No debéis olvidar que, en el exterior, dotó á su patria de extensos y fértiles territorios. Y le debemos doble agradecimiento porque hizo estas felices conquistas por sí sólo y á pesar del Parlamento, del cual dependía.

—Caballero—respondió mi buen maestro—, no pongo en duda su energía y habilidad en los asuntos coloniales, pero no hizo mucho más de lo que hiciera un burgués para comprar una finca. Y lo que me molesta en todos los asuntos marítimos es la conducta de los europeos con los pueblos de Africa y de América. Cuando los blancos tratan con los hombres amarillos ó negros, se

creen obligados á exterminarlos. Sólo se acaba con los salvajes recurriendo á un salvajismo perfeccionado. Es el límite á donde conducen todas las empresas coloniales. No diré que los españoles, los holandeses y los ingleses dejasen de hallar ventajas en este procedimiento. Pero de ordinario los conquistadores se lanzan á la casualidad y á la aventura en esas grandes y crueles expediciones. ¿Qué significa el saber y la voluntad de un hombre en empresas que interesan al comercio, á la agricultura, á la navegación, y que, por consiguiente, dependen de una inmensa cantidad de seres minúsculos? La participación de un ministro en tales asuntos es bien pequeña, y si nos parece considerable, es porque nuestro espíritu, vuelto hacia la mitología, quiere dar un nombre y una forma á todas las fuerzas secretas de la Naturaleza. ¿Qué ha inventado ese ministro en asuntos coloniales que no fuese ya conocido de los fenicios, en tiempos de Cadmus?

Al oír estas palabras, el señor Román dejó caer el atlas, que el librero se apresuró á recoger cuidadosamente.

—Señor abate—dijo—, descubro con pena que sois sofista. Porque precisa serlo para confundir con Cadmus y los fenicios las empresas colonia-

les del ministro difunto. No habéis podido negar que esas empresas fuesen obra suya, y habéis introducido lastimosamente á ese Cadmus para embrollarnos.

—Caballero—dijo el abate—, no hablemos de Cadmus, puesto que os molesta. Unicamente quiero decir que un ministro tiene poca parte en sus empresas y que no merece por ellas ni gloria ni oprobio; y si en la comedia lamentable de la vida tienen los príncipes la misión de ordenar, como los pueblos de obedecer, esto no es más que un juego, una vana apariencia, pues realmente unos y otros son conducidos por una fuerza invisible.

UNIVERSIDAD DE LA FUENTE LINDA
BIBLIOTECA DE LA FUENTE LINDA
"ALFONSO"
Año 1828 MONTERREY, MEXICO

II

SAN ABRAHAM

Aquella noche de estío, mientras los mosquitos danzaban alrededor de la linterna de *El Joven Baco*, el señor abate Coignard tomaba el fresco bajo el pórtico de Saint-Benoit-le Betourné. Allí meditaba, según su costumbre, cuando Catalina fué á sentarse á su lado en el banco de piedra. Mi buen maestro gustaba de alabar á Dios en sus obras. Complaciase en contemplar aquella hermosa muchacha, y como tenía el carácter risueño y galán la dirigió algunas frases halagüeñas. La alabó por tener el alma no solamente en la lengua, sino también en la garganta y en el resto de su persona, y por sonreír no tanto con los labios y las mejillas como con todos los hoyuelos y todos los lindos pliegues de su carne, de tal manera que impacientaban las veladuras que impedían verla sonreír por entero.

—Puesto que al fin y al cabo—decía—es preciso pecar en la tierra, y nadie puede, sin sober-